

La violencia en las secundarias

Nelia Tello*

Introducción

A partir del año 2000 hemos trabajado sobre los problemas de inseguridad, violencia e ilegalidad en las escuelas secundarias públicas del Distrito Federal (D.F.). De entonces a la fecha son cada vez más las menciones a estos problemas, tanto por expertos como por políticos, sin embargo, en la realidad no se percibe que haya mejoría, sino por el contrario, cada vez la problemática es más alarmante.

En Europa, desde los años setenta, se detectó la violencia en los centros de estudio como un problema grave, por lo que se iniciaron programas de atención. Sin embargo, en México ha sido poco a poco que se ha empezado a reconocer, y más lentamente aún, la atención que se ha dado a la situación.

En esta entrega planteamos el problema de la violencia y la falta de límites normativos para los adolescentes en las escuelas y su interconexión con el entorno vecinal y la vida en familia, concluyendo que se trata de un problema sistémico y no personal, por tanto tiene que ser atendido como tal, si se pretende cambiar.

La violencia

Las escuelas secundarias también reflejan los comportamientos de la sociedad a la que pertenecen, en este caso: la violencia como forma dominante de relación. La violencia entre iguales, pero también entre estudiantes y profesores, y entre estudiantes y autoridades escolares.

Al referirnos a las escuelas es muy importante no pretender aislarlas de su contexto, por ello es necesario tomar en cuenta las relaciones con las autoridades escolares y de gobierno correspondientes, las relaciones con su

entorno inmediato, con los padres y familias de los estudiantes.

La violencia como un acto impuesto sobre otro, por cualquier medio, se ha normalizado a tal grado que muchos de los síntomas existentes se perciben como lo natural. Esto es, la violencia ha sido interiorizada por las comunidades perdiéndose la capacidad de indignación y la posibilidad de realizar cambios al respecto.

De esta manera, la violencia es vista como parte de la cotidianidad, sin ser reconocida como un comportamiento no deseado. De hecho, la violencia solamente se asocia a comportamientos extremos relacionados con sangre y muerte, lo que a su vez influye en su crecimiento exponencial, sin que existan políticas, programas o prácticas que pretendan realmente controlarla, ni ponerle límites que hagan posible revertirla.

La violencia no es un problema aislado, se vincula de manera directa con la inseguridad y la ilegalidad. Cuando se vive en un contexto sin límites, el miedo y la inseguridad permean todas las situaciones que se producen.

El estudio de la inseguridad y la violencia en las colonias populares nos condujo a las escuelas secundarias como el punto de mayor violencia cotidiana en el entorno.

Las escuelas secundarias son locales rayados por *graffitis*, rodeados por tienditas y ambulantes de toda clase, sin faltar nunca “maquinitas” (videojuegos); los estudiantes con uniforme, hombres y mujeres, con cara de niños realizan todo tipo de actividades: se corretean, cantan, oyen música, se besan, se golpean, se drogan, caminando seriamente o hablando a gritos y embistiendo a todo aquel que se cruce por su camino.

** Artículo publicado en Anuario Educativo Mexicano. Visión Retrospectiva, Guadalupe Teresinha Bertussi Coord. Ed. Miguel Ángel Porrúa-UPN, Vol. I, México 2009, p.p. 125-139.*

Algunos padres de familia, más bien madres, acuden puntualmente a estos planteles a recoger a sus hijos, hay incluso quienes les cargan la mochila. A veces se ve alguna patrulla que pasa ocasionalmente o unos policías de a pie que se ubican suficientemente lejos para ser vistos, pero sin tener que intervenir en ningún problema que se presente.

Los vecinos, acostumbrados al ritual de la entrada y la salida de la escuela, parecen resignados en su mayoría. Unos aprovechan y venden dulces, refrescos, artículos de papelería, tiempo en las máquinas de videojuegos, etcétera. Conformes o no, señalan: “No pasa nada, siempre es igual; a veces se pelean más las chamacas que los niños. A veces traen a otros, entonces sí se puede poner feo. Pero no, por aquí es muy tranquilo”, aunque 73 por ciento¹ de los vecinos afirma que continuamente hay pleitos de estudiantes a la salida de la escuela. Las niñas se pelean por los niños y los niños se pelean por las niñas, este es un dato que revela cómo hoy día se están planteando las relaciones iniciales entre hombre y mujer.

Más allá, el encargado de la farmacia dice: “He oído que les ofrecen droga”² y acepta que en las noches se pone más feo. Cincuenta por ciento de los vecinos afirma que hay quien vende drogas alrededor de las escuelas y 27 por ciento dice que las venden adentro de los planteles.

Lo cierto es que el escenario es bastante homogéneo, la cotidianidad se convierte en lo sabido, en lo aceptado. Hay veces que se juntan bandas, y surgen pleitos con navaja o con armas de fuego; y también hay ocasiones en que alguien resulta lesionado o no sólo eso, sino que pierde la vida.

Así se teje el entramado de relaciones, de complicidades, que se invisibilizan y que involucra a unos con otros, sin reconocerse, sin que los adultos y las autoridades le den el peso que tiene, aun hoy, a pesar del nuevo

programa sobre el entorno escolar de la Secretaría de Educación Pública. Hay otra constante en este contexto, nadie hace nada para cambiar el curso de los acontecimientos, “A veces le decimos a la directora, pero ni caso hace”; “Yo le he dicho a los policías, pero dicen que ellos no se pueden meter”. De los habitantes del entorno escolar 57 por ciento opina que los policías no sirven para nada afuera de las escuelas.

Los adolescentes suelen irse de pinta, “cuando llega un coche y ahí no más se para” todos se juntan, “luego se van. Como a tres cuadras hay un local que les vende de todo”; siempre están los que llegan tarde y no se les permite entrar o los que no traen el uniforme completo y tampoco entran, “entonces jalan juntos, no sé para dónde”³. Los vecinos afirman que es peligroso para los estudiantes quedarse por allí⁴, no obstante, si no cumplen con los requisitos de entrada, se quedan afuera.

Así, la vida alrededor de las escuelas estructura procesos cotidianos, se construyen sensibilidades urbanas de sobrevivencia, cada quien a lo suyo. Al preguntar a los padres de familia sobre los jóvenes que cometen actos de vandalismo por allí, la respuesta es: “No son los míos”. Sólo 0.54 por ciento de los padres reconoce que sus hijos están involucrados en esas actividades.⁵

Este espacio público se ocupa con apatía, con rutina, con violencia, con emociones y necesidades encontradas, sin orden, sin ley, sin autoridades que intervengan y lleno de adolescentes, cuyos padres seguramente están trabajando y no pueden estar al pendiente del tiempo libre de sus hijos. Así, los adolescentes aprenden, en convivencia con los otros, a sobrevivir en el Distrito Federal.

La interiorización de todo este acontecer como lo normal, preocupa en al menos dos sentidos relacionados con los adolescentes, actores fundamentales de este escenario:

¹ La hemerografía referente a 2006 que respalda este ensayo, puede consultarse en el Banco de Datos de la página <http://anuario.upn.mx>

² Cfr. *Encuesta sobre la violencia en las escuelas del Distrito Federal*, México, Encuesta de Opinión y Participación Social (eopsac), 2004.

³ Cfr. Cecilia Espinosa, *Crónica de observación, los pedregales*, México, Escuela Nacional de Trabajo Social (ents), Universidad Nacional Autónoma de México (unam), 2007.

⁴ *Idem*.

⁵ Cfr. *Encuesta del entorno escolar*, México, eopsac, 2004.

- El acontecer cotidiano legitima lo que sucede e incide en la construcción social de los adolescentes como ciudadanos carentes de toda habilidad sociopolítica deseable en una democracia.
- Los entornos de inseguridad, violencia, ilegalidad y corrupción generan círculos viciosos retroalimentados por la permisividad legitimada.⁶

Hacia adentro

Otro hecho es que los muros de las escuelas no impiden la entrada del acontecer externo: el poder de las bandas, la droga, la violencia, la ausencia de control. La realidad para las autoridades escolares no es fácil, tienen que responder a las autoridades que representan, a su sindicato, a la prensa, a la comunidad, a los profesores, a los escolares y a sí mismos. Tienen una responsabilidad que tratan de acotar al interior de las escuelas, pero que ya fue afectada por la descomposición social externa y filtrada.

Las condiciones materiales de las escuelas pueden ser mejores o peores, pero en el Distrito Federal todas cuentan con el mínimo necesario para funcionar, muchas de ellas están verdaderamente limpias y ordenadas. La diferencia real es el poder ejercido por el o la directora.

El ejercicio de la autoridad se ve afectado por la presencia de grupos o representantes de bandas relacionadas con el narcotráfico o con otra expresión del crimen organizado, a quienes los directivos sienten no poder acotar y mucho menos enfrentar, teniendo que tolerar, en consecuencia, algún tipo de ilícito dentro del plantel.

El problema de la violencia en las escuelas produce inseguridad, se trata de un ambiente que reproduce la descomposición de las relaciones sociales. Las relaciones son de dominio y sumisión, enmarcadas en un ambiente donde las normas no son constantes, ni iguales para todos, impidiendo

la existencia de una comunidad de convivencia sana y propicia para el aprendizaje. Es decir, es muy difícil que las escuelas cumplan con sus objetivos en estas condiciones. Noventa y ocho por ciento de los estudiantes dice que su escuela es “chida” y segura, sin embargo, 18 por ciento ha visto armas adentro, 16 por ciento ha observado algún tipo de droga; 36 por ciento ha recibido golpes y 10 por ciento ha sido víctima de caricias no deseadas. No reconocer la violencia y sus signos es uno de los problemas que encontramos.

La elasticidad de los conceptos “seguridad” y “violencia” se ha configurado en el acontecer de la vida cotidiana de los adolescentes en escenarios donde cada vez los hechos son más agresivos, de riesgo mayor y de permisividad total, lo cual no significa la ausencia de miedo, de confrontación, humillación, deseo de venganza, “sólo que se traduce en un concepto de normalidad operativa, que desde luego impacta, pero se maneja dentro de niveles de aceptación”.⁷

La situación no cambia dentro de las aulas, donde los jóvenes tienen que estar pendientes, cargando sus mochilas todo el tiempo para poder preservar sus pertenencias. En el aula se roban las cosas, se golpean varones y mujeres sin importar el sexo, se humillan, se estigmatizan. “La agresión física es socialmente aceptada. Las burlas, el robo” (*El Informador*, Guadalajara, mayo de 2006). Todas estas actitudes pueden generar una espiral de violencia, pues los jóvenes victimados tal vez llegarán a tomar la posición de agresores.

En algunas escuelas hemos encontrado que los estudiantes se drogan en los salones. Existen, también, continuamente caricias y referencias sexuales, que pretenden ser naturales, pero que más bien son procacez y hasta soeces. Las normas de comportamiento no se respetan y se aplican a discrecionalidad por los profesores.

El lenguaje que se utiliza en el aula es muy limitado y plagado de groserías, con pocas diferencias entre el que utilizan los

⁶ Cfr. *Recuperando lo nuestro*, México, eopsac, Gobierno del Distrito Federal, 2006.

⁷ Concepto retomado de Jorge Tello Peón, “Reflexión del impacto de la inseguridad en las empresas”, *Foreign Affairs*, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 2007.

estudiantes entre sí y el que emplean para hablar con los adultos. La mayor parte de expresiones empleadas en un salón son para descalificar al otro: “Huy, ¡que no hable!, ¡no, tú no!, ¡ay, otra vez él...!” La violencia y sus expresiones son múltiples y variadas, son la cotidianidad, es el aprendizaje del comportamiento en grupo, donde domina el más fuerte y las normas son un marco de referencia que no tiene significado aplicativo en sus relaciones.

En los salones de clases se conforman los grupos como tales excluyendo a algunos estudiantes que no demostraron capacidad de integración y que por alguna razón, ya sea física, intelectual o emocional, deciden segregarlos. Es allí donde desarrollan habilidades, relaciones con el otro y donde aprenden el uso de la normatividad, donde se entrenan en relaciones de dominio y sumisión, donde aprenden que el más débil no cuenta. Así, “los alumnos socializan en el aula para las exigencias de la vida en el sistema social”.⁸

Se encontró también, que 14 por ciento de los adolescentes ve en la violencia de grupo una razón para dejar la escuela. “De mí se burlaban porque me decían que soy *gay*. Empecé a faltar y cuando bajé el promedio total me corrieron” (*Reforma*, México, 21 de noviembre de 2006), expresó un joven de 15 años que abandonó la escuela.

Relaciones entre alumnos y profesores

Las relaciones entre profesor y alumno son, por principio, entre desiguales⁹, lo cual no significa que siempre es el docente el que controla al grupo, muchas veces es el líder del grupo el que controla incluso al maestro.

Casi 80 por ciento de los estudiantes dice que las relaciones con los profesores son de respeto y/o amigables, pero sólo 48 por ciento afirma obedecerlo.¹⁰

El profesor detecta los problemas que afectan a sus alumnos, pero tiene temor de

intervenir; son muchos los riesgos laborales que corre, es mejor fingir. Por otro lado, no tiene la suficiente fuerza para poder trabajar realmente con el grupo: no puede reprobarlos, no puede hablar abiertamente con los padres de los problemas de sus hijos porque se pueden disgustar o no reconocerlos y crear un escándalo.

Es tan grande el problema que enfrentan que se conforman con tener controlado un rato al grupo, tratando sólo de contender con problemas formales, sin trascender en relación con los problemas de orden personal o emocional.

Ante esta incapacidad, el docente tiene que recurrir frecuentemente a gritos, amenazas – normalmente no cumplidas– y a castigos, con lo que las relaciones se convierten en relaciones de forcejeo; 45 por ciento de los estudiantes ha deseado ser violento con los profesores y 35 por ciento de los estudiantes se sintió agredido en el año escolar por algún profesor.¹¹ Además, 12 por ciento de los alumnos afirma haber comprado en alguna ocasión una calificación.

Los docentes están desacreditados como figura de representación ideal para los alumnos y de cierta manera, como bien señala Lipo-vetsky, “el prestigio y la autoridad del cuerpo docente prácticamente han desaparecido, y la enseñanza se ha convertido en una máquina neutralizada por la apatía escolar, mezcla de la atención dispersada y del escepticismo lleno de desenvoltura”.¹²

Por las escuelas pasan todo tipo de especialistas, quienes se dedican a tratar problemas particulares: adicciones, derechos humanos, violencia, legalidad; sin embargo, sólo 12 por ciento de los jóvenes señala que acudiría a un profesor en caso de tener un problema grave.

Al final, entre los docentes domina el discurso de la desesperanza, piensan que de poco les servirá a los jóvenes dedicarse a los estudios, se preguntan cómo convencer a los estudiantes del valor del conocimiento si ellos saben que “en este mundo el comercio y en

⁸ Conceptos de Jorge Tello Peón, *op. cit.*

⁹ Nicolás Luhmann, *Teoría de la sociedad y la pedagogía*, España, Paidós, 1996.

¹⁰ Cfr. Juan Vaello, *Las habilidades sociales en el aula*, Madrid, Santillana, 2005.

¹¹ Cfr. *Encuestas a escuelas secundarias*, México, eopsac, 2004.

¹² Cfr. *Escuelas de Iztapalapa*, México, eopsac, 2004.

especial el informal y el narcotráfico son los que permiten triunfar”.¹³

Las autoridades

Las autoridades también saben de los problemas que existen en las escuelas, saben de la violencia, de las extorsiones, de las amenazas, de la droga y de los estudiantes que han sido abusados o de violencia intrafamiliar, pero a su vez corren los mismos riesgos que los profesores, entonces prefieren simular. Tienen miedo y en consecuencia no establecen ningún control, no aplican ninguna regla con regularidad. “No es que no existan normas y reglas, sino que no se cumplen, no tienen vigencia en la vida cotidiana, tanto porque la *autoridad* es incapaz de vigilar y exigir su cumplimiento como porque los *alumnos* las desconocen y no las aceptan.”¹⁴ Saben quién vende la droga, saben quiénes extorsionan, quiénes son violentados y también que no cuentan con ningún apoyo, su objetivo es que no haya problemas, en caso contrario ellos serán juzgados como ineficientes, como incapaces.

Su trabajo debería de centrarse en la resolución de los problemas que se presentan, pero en la realidad consiste en negarlos, en hacer que no se noten.

No es inusual, ni poco frecuente que en las escuelas secundarias, bajo la mirada disimulada de autoridades y profesores, haya grupos de adolescentes, sobre todo de los últimos grados, que se convierten en controladores de los demás; que cobran por usar ciertos espacios; que venden por la fuerza protección y que exigen el pago de cuotas.

Ejemplo de lo anterior ocurrió durante la entrevista a un estudiante de primer año de secundaria de Iztapalapa acerca de su situación. Sucedió que de pronto, él mismo solicitó una breve interrupción para salir; a continuación lo observamos hablando en el patio con un grupo de alumnos de tercer grado, a los que les dio dinero. Al regresar,

explicó que se trataba de una “banda” que le exigía dinero cada semana y que a cambio le ofrecían protección. Una vez más la normalización del hecho llevó a que el “chavo” ni siquiera lo considerara un problema. Era parte de su cotidianidad.

El estudiante y su familia

El adolescente hasta hace poco era niño o niña, pero empieza a cambiar y sus padres lo tratan diferente, tal vez ahora son más tolerantes sobre todo si es hombre, sin embargo no se siente aceptado, tiene problemas de comunicación, pero sabe que puede imponer su voluntad.

El papá ya no quiere hacerse responsable del hijo a partir de la secundaria porque dice que ya es suficientemente grande el menor para hacerse responsable de sus actos, se les da la libertad a estos muchachos de decidir todo como ellos quieren y si desde el hogar no hay control, eso se va a reflejar en el comportamiento (*El diario de Ciudad Juárez*, Ciudad Juárez, 1 de febrero de 2006).

El riesgo de ser jovencita también implica una nueva conducta de los padres, ahora la cuidan tanto que tiene nuevos problemas. O por el contrario, eluden asumir la sexualidad de la niña-mujer y sin el control necesario puede enfrentar problemas de acoso o de abuso sexual aun de parte de los propios miembros de su familia. El Instituto Nacional de Psiquiatría revela que “el maltrato emocional y físico es recurrente; que la mamá es la principal agresora y que el abuso sexual es común en los hogares conformados por madre y padrastro” (*El Universal*, México, 2 de noviembre de 2006).

Treinta y tres por ciento de los escolares afirma recibir golpes en su casa. Hemos encontrado que existe una correspondencia entre los hijos golpeados y los escolares golpeadores. “Lo preocupante es que la mayor parte de los adolescentes acepta los golpes e insultos de sus padres, porque creen que lo merecen, así los educan y los ayudan a ser más obedientes” (*Idem*). En general, en quienes confían más es en sus padres, no obstante 11 por ciento afirma sentirse inseguro en su casa.

¹³ Citado en Lidia Girola, *Anomia e individualismo*, España, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco (uam-a), 2005, p. 263.

¹⁴ Nelia Tello, *Crónica de taller con maestros de escuela secundaria de Iztapalapa*, México, eopsac, 2004.

Uno de los graves problemas dentro de la familia es el alcoholismo, principalmente del padre. En las dinámicas que trabajamos con los estudiantes, el ejemplo del padre “borracho” y golpeador es una constante bien conocida por la mayoría.

Las situaciones familiares precarias, con padres que tienen necesidad de ausentarse del hogar muchas horas, acarrea sentimientos de culpa y frustraciones que dificultan la educación de los hijos, además de confusión al establecer límites, normas y reglas y ser afectivos y arroparlos a la vez.

La comunicación entre padres de familia, autoridades y profesores no parece ser todo lo fluida que se esperaría. En los casos en que existen problemas reales, la situación suele ser tensa y con recurrentes evasiones y negaciones por parte de los padres de familia.

El manejo de las normas se corresponde exactamente con el manejo de las normas escolares, por lo general son poco claras y se aplican de manera arbitraria y discrecionalmente.

Los casos trabajados

En los casos de los estudiantes de secundaria que hemos trabajado vuelve a aparecer la premisa que consideramos el principal problema en el tema que nos ocupa. No se reconoce la violencia, se asume apenas como situación de agresión extrema. En general los “chavos” aprecian el hecho de tener una familia más como simbolismo que como realidad, aunque se sienten incomprendidos, les causan ansiedad las peleas y sienten carencias afectivas. Se trata de familias con problemas económicos, de adicciones, de violencia intrafamiliar, poco control, aplicación de reglas ocasionales y hasta problemas de vandalismo y narcotráfico con los hijos.

Hemos detectado incapacidad para comunicar afecto asertivamente, para comunicarse emocionalmente teniendo como base el respeto a la dignidad humana, trátase de parejas, hijos, padres, hermanos y demás parientes.

Construcción de relaciones sociales

Desde que el estudiante es adolescente, se encuentra en el medio de posibilidades, en lo indeterminado. Cuando busca adherirse a formas de relación y expresión para hacerlas suyas, se halla en escenarios de exceso, sin control, sin guía, y la voz que alcanza a escuchar es la del más fuerte. En este caso el más fuerte, la figura a seguir, suele ser la del transgresor, la del rebelde que se opone, provoca y gana.

El adolescente que inicia estudios en la secundaria, que busca establecer una distancia con la familia y que sabe que de una manera u otra quienes lo rodean esperan que sufra todos los males de la edad, al ser “la crisis de la adolescencia una construcción social, un hecho cultural tanto más sensible, tanto que la crisis económica y moral es grave”,¹⁵ aprende rápidamente cuáles son las conductas exitosas al margen del discurso moralizador y represor. Entonces, ¿qué aprende el estudiante en la escuela sobre relaciones sociales? El adolescente descubre que puede dominar a los otros, incluidos algunos adultos, transgredir sin mayor riesgo, seducir y negociar, que puede obtener dinero fácilmente participando en actividades delictivas con poco riesgo. En pocas palabras, aprende cuáles son los mecanismos que llevan a tener mayor éxito en los grupos a los que pertenece, fortalece el aprendizaje del manejo del doble discurso acerca de las normas jurídicas, morales y sociales: de un lado la realidad y del otro el “deber ser”. Aprende a poner el sexo en el centro de sus relaciones de pareja y dejar de lado la afectividad y la profundidad de su sensibilidad humana, y en medio de este cúmulo de experiencias contradictorias aprende español, matemáticas, historia, geografía, biología y civismo.

La violencia: de comportamiento individual a problema social

El ambiente de violencia, inseguridad e ilegalidad caracteriza el espacio escolar del Distrito Federal. Hay situaciones extremas y situaciones menos graves, pero en general el ambiente de los centros educativos no es el de una convivencia sana.

¹⁵ Lidia Girola, op. cit., p. 33.

El espacio escolar no se conforma aislado, está en estrecha relación con el espacio familiar y el entorno social; son todos fragmentos de una sola realidad de elaboración y expresión de modos relacionales dominantes.

La violencia se entreteje en ellos conformando identidades basadas en lazos emocionales y en la inobservancia de normas. No se trata de individuos aislados con problemas de conducta, se trata de formas relacionales desiguales y sin límites, es la anomia de Durkheim

Cuando la sociedad deja de ejercer su papel regulador, de contención de pasiones y aspiraciones de los individuos, y ya no pone límites a lo que la gente puede desear o hacer. O en la medida en que estos límites son lábiles, las sanciones son débiles o inexistentes.¹⁶

Se trata de espacios que integran una sociedad, no se trata de una repetición desarticulada. La violencia se entrecruza y entreteje como expresión de una sola realidad compleja. La violencia como comportamiento, como discurso, como sentimiento, como agobio, y aun como regulación de nuestras relaciones, en este caso, de la tríada familia, entorno-vecindad escolar, escuela.

En la familia las relaciones íntimas, las relaciones cara a cara, se tiñen por la indiferencia, por el reclamo, por la exigencia, por el acoso, en contra de la igualdad entre padres e hijos y entre hermanos. En el entorno, jóvenes, droga, sexo, violencia sin adultos –vecinos, autoridades escolares, policías– que intervengan haciendo valer un orden, sin respeto a la norma, sin respeto al otro; en la escuela, relaciones de dominio y sumisión son características esenciales entre los diferentes actores y circunstancias de la vida cotidiana, así como el manejo discrecional de reglamentos.

Resumiendo, revertir, cambiar, solucionar, esta problemática es ingenua, si lo que pretendemos es alcanzar cambios aislados. Necesitamos aceptar que el problema no es personal, sino sistémico; la sociedad dominante actual ha generado los procesos necesarios para existir a pesar de ser incapaz de satisfacer las necesidades de todos sus miembros.

Y algunas de sus vías de sobrevivencia se traducen para la población en vivir en la violencia y la ilegalidad como formas relacionales básicas que facilitan su destrucción y la desaparición del proyecto de ser humano que busca su autorrealización con los otros, en donde la convivencia pacífica no sólo es el objetivo sino el requisito imprescindible.

La lectura de esta problemática para el caso que nos ocupa significa que las familias, las relaciones vecinales y las escuelas están socializando al niño y al adolescente para “funcionar” en una sociedad en descomposición. Donde la igualdad, la tolerancia, el respeto, la paz, el diálogo, son palabras que pertenecen al ámbito discursivo, pero no al de la acción, no al hacer cotidiano.

Las habilidades sociales aprendidas son para autoprotegerse, para transgredir con el menor riesgo, para negociar las normas y reglas, para imponer y obedecer cuando sea necesario, para desenvolverse en distintos sistemas de valores y sobrevivir, sólo eso. Cuando lo que tendrían que ejercitar es el diálogo, la confianza, el trato en la igualdad, la participación en la toma de decisiones, el respeto a las normas, la solución pacífica de conflictos.

En ese contexto, formar sujetos responsables socialmente y capaces de contribuir en la construcción histórica del ser humano implicaría una ruptura con el hacer cotidiano: en la familia, en el entorno escolar, en la escuela.

Se requiere de políticas y programas que incidan en la cohesión social como estrategia contra la violencia. Esto se logra transformando las relaciones de desigualdad en relaciones de igualdad y respeto, con lo que se fortalecen la confianza, la aceptación y la autoestima.

¹⁶ Michel Fize, *¿Adolescencia en crisis?*, México, Siglo XXI, 2001.

A la vez, es importante recuperar la idea de una sociedad no sólo democrática, sino de iguales, necesaria y conveniente para todos en un estado de derecho democrático. Es posible, desde un marco que trascienda lo individual, construir el cambio en la vida cotidiana como el espacio donde se crea la realidad.

Pensar en la transformación de esta realidad que, no es más que reflejo de la descomposición social, de la anomia que caracteriza nuestra sociedad, es pensar integralmente, es ubicarse en el problema de la construcción de las relaciones sociales, de la legalidad y de la confianza necesarias para la elaboración de “comunidades de convivencia para el aprendizaje”.

Desafortunadamente el cambio en la situación actual requiere seguir una metodología racional e intencional. Es importante tener presente que lo social cultural no es inmediato, se construye día a día con la participación de todos. Es básico recuperar la idea de que la ruptura

puede emerger como un momento que conjuga potencialidades múltiples de lo dado, cuando no se restringe a determinados parámetros, de ahí que se requiera leer no en función de los límites que se imponen sino desde la capacidad de develar una lectura no limitada.¹⁷

Hemos construido y puesto en práctica una propuesta validada con rigor que trata de desencadenar un proceso que incluye a los diferentes actores participantes: autoridades, estudiantes, padres de familia, policías, vecinos, participando todos ellos al mismo tiempo, y que consiste en la reconceptualización de los problemas. A partir de la presentación de la vivencia en relación con ellos mismos, se discute, analiza y reflexiona hasta encontrar que la perspectiva individual y dominante no es la única, hasta encontrar la posibilidad de que existan otras visiones, otros puntos de vista que dan origen a la alternativa. Verbalizar la realidad desde la diferencia, desde una perspectiva nueva, incluyente, es el principio del cambio. Es un ir y venir de lo individual a

lo social para que de manera simultánea y paulatina se pase del “yo y tú” al “nosotros”: “se transita de un discurso construido como exterioridad de un sujeto, a otro que incorpore al sujeto en su reclamo de una conciencia abierta al mundo, que no reduzca a una simple reflexión”.¹⁸ Descubrir que la cooperación individual se conecta y articula con la de otros, da fuerza para la participación y la organización. Descubrir que el hacer personal se conjuga con otros haceres, permite visualizar nuestra responsabilidad histórica a partir de nuestra cotidianidad.

En la diferencia se abren horizontes diversos y con ello se posibilita la resignificación de relaciones. La resignificación de la interacción se construye desde otra mirada, “ya no veo al otro de la misma manera, lo veo como un yo mismo, como parte del nosotros que requerimos para ser”. Retomando a algunos autores, acerca de lo anterior, destacamos las siguientes aportaciones:

a) Kropotkin constata que las especies sobreviven en la medida en que se reagrupan y se ayudan mutuamente. “Cuanto más se unen los individuos y más se apoyan mutuamente, mayores son para la especie las posibilidades de sobrevivencia y progreso en el desarrollo intelectual.”¹⁹

b) Octavio Paz señala que “el tema central de este fin de siglo no es el de la organización política de nuestras sociedades ni el de su orientación histórica. Lo urgente, hoy, es saber cómo vamos a asegurar la supervivencia de la especie humana”.²⁰

c) Edgar Morín advierte que “debemos basar la solidaridad humana ya no sobre una ilusoria salvación terrestre, sino sobre la conciencia de nuestra perdición, sobre la conciencia de nuestra pertenencia al complejo común tejido por la era planetaria, sobre la conciencia de nuestros problemas comunes de vida o de muerte,

¹⁷ Lidia Girola, op. cit., p. 31.

¹⁸ Hugo Zemelman, Necesidad de conciencia, España, Anthropos, El Colegio de México, 2002, p. 66.

¹⁹ Cfr. Piotr Kropotkin, en Changeux-Ricoeur, Lo que nos hace pensar, Barcelona, Península, 1999.

²⁰ Octavio Paz, La otra voz. Poesía y fin de siglo, Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 137.

sobre la conciencia de la situación agónica de nuestro fin de milenio”.²¹

Ya que sólo somos en relación con el otro, este acto mismo produce lo social y permite la existencia de lo que llamamos *lo humano*.

²¹ 21 Edgar Morín, *Tierra patria*, Barcelona, Kairos, 1993, p. 225